

Historia secreta de Bolívar

Cornelio Hispano es el seudónimo que utilizó como escritor e historiador el abogado Ismael López, quien nació en Buga en el año de 1882 y falleció en 1962. Entre las huellas que Hispano dejó como contribuciones de señalada importancia para dar veracidad a la figura del Libertador, se destacan dos obras. La primera es el célebre e inicialmente controvertido "Diario de Bucaramanga", escrito por el General de la Independencia Luis Perú de Lacroix, y que Hispano rescató de archivos reservados que se hallaban en Caracas. La segunda es la "Historia Secreta de Bolívar", inicialmente impresa en París en 1924.

Alrededor de esta obra, y como fiel retrato de Cornelio Hispano, escribió el doctor Silvio Villegas la breve pero penetrante semblanza que reproducimos a continuación:

Cornelio Hispano.

"Cornelio Hispano ha sido uno de los más fieles custodios de la gloria del Libertador. A celebrar sus hazañas, sus hechos legendarios, su vida de semidiós, ha consagrado una copiosa bibliografía que lo destaca entre los grandes cantores de Bolívar. Cada uno de sus libros es un monumento imperecedero. Allí está el Padre es la plenitud de su personalidad humana, con sus amores, con sus odios, con sus pasiones, con sus debilidades, con sus glorias, en la excelsitud de su martirio y en la grandeza de su transfiguración. "El Diario de Bucaramanga", publicado por Hispano en París, es el mejor testimonio que existe sobre la vida del Libertador. Tiene para nosotros el encanto de la Apología de Sócrates que escribió Xenofonte o del "Memorial de Santa Helena" del Conde Las Casas. El héroe se desmonta de la estatua, y conversa con despreocupación sobre los episodios más salientes de su epo-

peya o sobre los sucesos de la vida diaria. En la intimidad de la casa persiste el resplandor de su gloria. Si se exceptúa este gran reportaje debemos declarar que no existe, hasta hoy, el libro definitivo sobre Bolívar. Julio Mancini —el más esclarecido de sus biógrafos— nos dejó un vasto lienzo inconcluso. Al libro de Larrazábal le falta exactitud. En las historias de Restrepo y Posada Gutiérrez no aparecen los detalles de la vida íntima, sus grandes tormentas espirituales. Emil Ludwig escribió una biografía comercial, sin el encanto que tienen sus estudios sobre Goethe y Bonaparte.

Historia Secreta.

Una de las más valiosas contribuciones al análisis de la vida íntima de Bolívar es la "Historia Secreta" que publicó Cornelio Hispano en París, en 1924, cuya segunda edición ha sido hecha recientemente, por la Librería Camacho Roldán, con nuevos documentos y anotaciones críticas del autor. La primera edición causó un poco de escándalo entre los mistagogos de la historia que sólo consideraban dignos de divulgarse sus actos oficiales, sus rasgos de heroísmo, sus grandes arengas o las apoteosis de los pueblos redimidos por su genio. Pero además de todo eso Bolívar era un hombre ambicioso, que amaba el placer, el fausto, la danza, el vino, las alcobas perfumadas. "De Bolívar, escribe Hispano, sólo conocemos el férreo perfil del guerrero o la adusta silueta del pensador y del mártir. A acercarlo a nosotros, por lo más humano que existe sobre la tierra, las pasiones, tienden los capítulos de este libro. Sepamos, pues, que aquél Libertador y fundador de naciones fue también hombre de hogar y amante voluptuoso; que amó los campamentos, las sangrientas batallas, los deslumbrantes salones y las tibias alcobas; que durmió envuelto en su capa, sobre el duro suelo, a la intemperie, y en los blandos brazos de la mujer amada; que oyó el feroz escarnio y las delirantes aclamaciones; que ciñeron sus sienes, a la par, la corona de espinas de todos los redentores, y el laurel del triunfo y los rojos mirtos de los amores; que la mujer, llamada por la Escritura "más fuerte que la muerte", que hizo llorar a Alejandro, encantó a César, perdió a Antonio, enervó a Aníbal y jamás penetró en el férreo corazón de Carlos XII, fue, con la guerra, el ensueño, la alegría de Bolívar".

Este libro de Hispano está destinado principalmente a evocar las amadas de Bolívar, las que compartieron sus ambiciones, sus infortunios y sus glorias, desde la dulce Teresa hasta Manuelita la bella. La ruta del héroe está esclarecida siempre por unos ojos de mujer. En ella encontró su escudo, su misión y su corona. La entrada a Caracas el 4 de agosto de 1813, la hizo en un carro conducido por tiernas y bellas jóvenes, vestidas de blanco. Sobre "el plaustro de los antiguos triunfadores, arrastrado por vírgenes", marchaba el Imperator, con la cabeza descubierta, en un rapto de locura genial, digno de los mitos solares.

La primera de las amadas de Bolívar fue María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, tierno corazón de niña, angélica figura de mujer, nimbada por el infortunio. Bolívar la conoció en Madrid, en los años de su aprendizaje sentimental, se casó en la segunda quincena de mayo de 1802 y partió en seguida con ella hacia sus tierras de Aragua en San Mateo. Ocho meses después era sepultada en Caracas, cuando Bolívar apenas si llegaba a los diez y nueve años. Su recuerdo le acompañó por todos los caminos del mundo. Sobre su tumba juró no volverse a casar nunca, y cumplió fielmente su palabra como los antiguos paladines.

Vienen luego sus años de esplendidez y de locura en el Viejo Mundo, donde despilfarró gran parte de la inmensa fortuna que le legaron sus mayores, en los casinos, en las cortes, en la "Rue Vivienne" de París y bajo cielos de Italia. Allí conoció el placer, la gloria y la sabiduría, dialogando con guerreros, con sabios y cortesanos, asimiló las ideas de la revolución francesa, asistió a la apoteosis de Bonaparte, juró libertar a su patria de los opresores y tuvo la sagrada iniciación de su epopeya. En París frecuenta los salones de Fanny Louise Denis de Trobriand de Kenederd y Aristeguieta, casada con el conde Dervieu Du Villars, hija de un Aristeguieta y prima de Bolívar. Fanny de Villars era el centro de uno de aquellos clásicos salones de París, que han tenido una profunda influencia en la historia, porque han sido iluminados por la belleza y esclarecidos por el genio. Familiares le fueron entonces a Bolívar algunas de las figuras más insignes de Europa, entre ellas el sabio Humboldt, cuyo diálogo tuvo decisiva influencia en su vida. Fanny dejó al príncipe Eugenio de Beauharnais por su primo, y éste le recompensó revelándole sus ambiciones libertadoras. Del hecho hay

testimonio en una carta: "Creo haber merecido —le escribía Fanny en el atardecer de su vida— todos los sentimientos que a usted le inspiré por la sinceridad de los míos. Con orgullo recuerdo sus confidencias respecto a los propósitos para el porvenir, la sublimidad de sus pensamientos y su exaltación por la libertad. Yo valía algo en aquel tiempo, puesto que usted me encontró digna de guardar su secreto".

Fanny conservó fielmente su recuerdo y lo amó hasta más allá de la tumba. Sus cartas para Bolívar son de una encantadora belleza, y reflejan un alma ardiente, un corazón intrépido y un espíritu vigilante. Nadie siguió con tanta pasión la parábola del genio. Es cierto que le envió un puñal y "el retrato por talismán".

Al hecho aluden los versos perfumados de Andrés Mata, que todos aprendimos de memoria, desde la más temprana adolescencia. Alto mérito de Hispano es haber publicado por primera vez, algunas de estas cartas, rico venero de la historia secreta y noble ejemplo de un amor inmortal. Sólo ella estuvo espiritualmente con el Padre en la hora de la caducidad irremediable, cuando en las siestas caliginosas de la bahía, imprecaba a la raza de sus escuderos andantes que lo había conducido hasta el sepulcro.

Durante la guerra de Independencia se multiplican las fáciles aventuras, las pasiones de un día, los efímeros devaneos de la victoria. Para conquistar a una mujer, Bolívar apelaba a todo; a la gratitud de los pueblos, al deslumbramiento de su genio, a los ascensos militares. Su pasión más intensa en aquellos días fue Josefina Madrid, a quien conoció en la triunfal entrada a Caracas en 1813. Por ella se cuenta que abandonó el ejército despedazado en Ocumare. Es uno de los capítulos más humanos, pero más deplorables de su vida. "La salida del Libertador de Ocumare, en el año de 1816 —dice el general Soublette— es uno de los acontecimientos más oscuros; ya no me atrevo a referirlo porque mi memoria está sumamente debilitada... En este suceso se mezcló el amor, y usted sabe que Antonio, sin embargo del peligro en que estaba, perdió momentos preciosos al lado de Cleopatra... Luego que yo cubrí el campo y observé donde había hecho alto el enemigo, envié a Alzaru a la playa para que dijera al Libertador que el enemigo había hecho alto en la montaña y encendido sus fuegos, que estábamos sin novedad y que a las dos de la mañana emprenderíamos

marcha para Choroní. Volvió Alzaru con la noticia de que el Libertador se había embarcado, que la playa era una confusión, que el buque había cortado sus cables, que las gentes se habían echado al agua hasta ahogarse; que todo el armamento, pertrechos, imprenta, etc., estaba en la playa”.

Bolívar reparó hasta donde pudo su falta, olvidó para siempre a la peligrosa tentadora, y dio noble explicación del hecho a Fernández Madrid, poco antes de su muerte. Ciertamente o no, en todo caso el episodio es eterno. Bien hizo Soubllette en recordar a la reina de Egipto, en “cuyos ojos constelados de puntos de oro vio Marco Antonio toda una mar inmensa donde las galeras huían”. El propio Hércules cayó desfallecido en los brazos de Onfalia. Refieren los cronistas de la época que en los días de campaña Bolívar marchaba siempre con dos o tres favoritas que le prodigaban sus ternuras y sus halagos. Entre ellas sobresalió Isabel Soubllette, por su belleza apasionada y por su aristocracia seductora. Tenía una cabellera rubia “tan abundante y larga que se habría podido andar sobre ella como sobre una alfombra”. De linaje procero, sus ojos eran azules, su rostro finamente pulido, y tenía blancas manos de abadesa. A ella debió el general Soubllette sus resplandecientes charreteras.

Hispano se deleita relatándonos la apoteosis de Quito, de Lima, del Cuzco, de La Paz, donde el héroe marcha delirante “bajo lluvia de flores y al estruendo de músicas marciales”. En Lima vivió como los reyes asirios, entre fiestas, mimos y perfumes, apurando todos los hechizos circeos de la ciudad de los virreyes. Allí dilapidó una fortuna en agua de Colonia. En las misas entonaban cánticos a su gloria, y las más bellas mujeres se doblaban sobre el cojín de sus ansias. Allí lució Manuelita Sáenz, dogaresa del sol, en la plenitud de su belleza. “A viejas damas, escribe Pasos Varela, escuché de joven, que solían esconderse entre el bosque del huerto y sorprender a Bolívar lanzándose y aprisionándola entre sus brazos... y se imagina uno a esa mujer en los alrededores de Palacio como la Eva tentadora del Paraíso acechando la llegada del hombre”. Quien habló así de las delicias de Capua fue el historiador Restrepo. Sólo la musa de Tasso podría evocar, rumorosos como cítaras, los jardines hechizados de La Magdalena.

Después de libertar cinco naciones, solicitado por sus deberes políticos, Bolívar abandonó sus vergeles sobre el

mar, cubriendo, en semanas tormentosas, por caminos intran-sitables, la ruta que va desde Lima hasta Caracas. Al llegar a Bogotá esquivó el agasajo palaciego, y antes de tomar posesión del mando, se refugió en la Quinta que lleva su nombre, "en brazos de la fatal belleza".

Allí fue, también, donde ciñó más tarde, "la alterna corona de lauros y espinas". En este paraje encantado, que felizmente se conserva, Bolívar sintió todas las embriagueces del placer, del amor, de la gloria, y vivió horas de soledad irremediable y de dolor infinito. Allí se levanta, sobre todo, su resplandeciente calvario.

El nombre de Manuelita la Bella va ligado indisolublemente a su vida y hace parte de la epopeya libertadora, Hispano le dedica un admirable capítulo de su libro, con documentos que, hasta entonces, permanecían inéditos. Nunca hubo un amante más apasionado que Bolívar, según el testimonio de O'Leary. Para Manuelita escribió cartas de amor sólo comparables a las que se encuentran en las novelas: "Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte, y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mi por todos los contactos. ¿A que tu no me quieres tanto como yo? Pues bien, ésta es la más pura y la más cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aún con Dios mismo..."

Allí está el hombre de pasiones volcánicas, que amaba regustar sus hazañas sobre un seno de mujer. Manuelita Sáenz comprometió varias veces la gloria de Bolívar, con increíble ligereza, enajenándole para siempre amistades necesarias en aquellos días difíciles. Ella contribuyó, en parte, a su enemistad con Santander. Pero también le salvó cuando la mano parricida quiso herir su corazón.

Traicionado por sus tenientes, odiado por los esclavos redimidos, tuvo que abandonar a Bogotá como un prófugo, consumada la disolución de la Gran Colombia y despedazada su obra. En Santa Marta, un hidalgo español le ofrece su último refugio en la Quinta de San Pedro Alejandrino. Allí lanzó el Padre "su postrer gemido", como dijo tan bellamente un demagogo lírico. Por sus ojos debieron pasar, en fulgurante síntesis, sus días de infancia en San Mateo; su peregrinación apasionada por el Viejo Mundo; el juramento en el Aventino; su imprecación colérica a la naturaleza sublevada; el decreto de 1813, donde declaraba la pena de muerte; las fieras devastaciones de Boves; su apostolado de Jamaica;

el reto a los dioses inmortales si favorecían la causa de España; la marcha tormentosa de Boyacá; las cargas homéricas de Junín y Ayacucho, las delicias de "La Magdalena", donde exprimió todos los senos del placer; su fiera arrogancia de Imperator; la noche triste bajo el puente del Carmen; la ingratitud de sus amigos; la traición de los galeotes libertados; su aislamiento absoluto; su sumisión; su aceptación; la corona cesárea convertida en afrentoso cingulo; la gloria gustada hasta las heces; su dolor irredento; "la tristeza inmortal de ser divino".

Este libro de Hispano es una auténtica gema en la corona de Bolívar. Su estilo es ameno, castigado, de noble y sereno contorno. Cada frase está elegantemente modelada. No en vano su autor se ha nutrido en las fuentes clásicas y se ha paseado por los parajes más seductores y perfumados de todas las literaturas familiares como le son los nombres de Homero, de Platón, de Horacio, de Dante, de Gibbons, de Renán, de André Chenier, de los grandes poetas ingleses, de Carlos Maurrás. Hay autores que basta leerlos para quedar esclarecido. Hispano tiene el culto del idioma y escribe con limpia claridad latina. "La Historia Secreta" es una obra que se lee con deleite y que se abandona con dificultad, al doblar la última página.

Este libro guarda, como un cofre de sándalo, los más bellos recuerdos del Libertador."